

Seca

En el pueblo, las vecinas murmuran que estoy seca. Seca como las uvas que sirven para la memoria. Aunque yo prefiero pensar que se refieren a que soy como el cava ese que compra mi madre en Navidad.

Y me creen seca sequita seca porque me miran el anillo de casada y ven que ya han pasado 3 años y no me cuelgan chiquillos de ambas piernas pidiéndome a gritos quedarnos en la era un rato más. Porque no me han podido frotar la barriga para decirme si será niño o niña como si se tratase de una bola de cristal.

Siempre he pensado que lo más doloroso para ellas es no poder decir “¡Uy! ¡Cómo ha crecido en el último verano!” con cara de sorpresa. Claro, todo el mundo sabe que haber encogido hubiese sido lo normal.

Parece que mi vientre seco a quien más dolor causa es a la Carmencita que, curiosamente, no está casada y que, bajo su aparente hábito de santa, se está tirando al marido de la Azucena bajo llave en el bar. Ella se preocupa mucho por mi alimentación. “Se te va a pasar el arroz” espeta y yo le contesto que no se apure, que en mi casa siempre hemos sido de usar SOS. Ella sonrío. “Ya sabes a qué me refiero, tonta”. Sí, Carmencita, y tú.

Y es que la cigüeña siempre ha sido de venir mucho al pueblo y, para ahorrarse el viaje, incluso lo hacía de dos en dos. Las mayores, entre mano y mano de la brisca, apuntaban a que eso tendría que ser el agua del manantial. Claro, el ave no venía de París, sino que se ponía tibia a chupitos de agua de una fuente a la que no da el visto bueno ni Sanidad.

La señora Rosa ya se lo decía a mi madre desde chica: “Qué moderna te está saliendo la Lorena”. Y ahora rezan, rezan por mí para que no me descarrile, para que contribuya en mi labor de ciudadana modelo a repoblar las tierras y a darle descendientes a nuestra sociedad. Benditas mujeres que se preocupan por mi vida sexual.

No se preocupen, señoras, que yo soy feliz seca, sequita, seca. Pero, recuerden, que yo no soy una uva pasa, que soy como el cava de Navidad.